

El Club de las Sombras

Por Carlo Emilio Gadda



San Jorge (Mantegna)



San Sebastian (Mantegna)

Cuando el bóreas se detuvo allende las cumbres de los montes, y alguna desgarradura del anubarrado pellón que las cubría dejó entrever el azul, y en las tumbas de los Simples florecieron algunas violetas, dentro de los cancelos, entonces, hasta la señorita dejó la falsa pelliza de castor que había sido su coraza en la triste guerra del invierno. Estaba feliz de desvestirse de aquella lepra.

La vieron de vestido largo, más bien claro, que le sentaba muy bien. Era alta y pálida, y había perdido al hermano, decían. Ella solía detenerse, como pensando quién sabe en qué, en cosas lejanas o perdidas, entre las ilustraciones de sus libros. Algunas veces, bajo los párpados y las pestañas, parecía que estaba a punto de desbordarse el llanto.

Carlo Emilio Gadda. "Su prosa constituye una de las maravillas del repertorio del siglo XX. Pongamos por ejemplo la naturaleza de su lenguaje que, en una sola frase, puede amalgamar indisolublemente los vocablos técnicos, incluso los de las fórmulas científicas con las robustas voces dialectales, las palabras cultas y clasicizantes con los estrambóticos retorcimientos de las jergas mundanas cargadas de exotismo... Es el arte de un contrapunto en el que tintinean las sonoridades más alegres y desesperadas con los ecos caprichosos y, no obstante, de gran rigor, con equilibrios fónicos arrancados peligrosamente a la última de las cuerdas, hasta que ésta se rompe y salta por los aires como una serpiente" (Emilio Cecchi). Con tal bagaje estilístico muy a menudo el rencor de Gadda se ensaña contra los mitos modernos, las bajezas y mezquindades de la Italia fascista, contra el mundo burgués vulgar y retórico, que él considera incapaz y cobarde. A través del

Aquellos grandes libros, bien empastados, pesaban increíblemente. Beppe, el bedel jorobado, se los llevaba a la mesa, levantándolos y después dejándolos caer todos juntos, de golpe, como si se tratara de una sola piedra; se asemejaba a Sísifo en la peana, al llegar a la cima del castigo: una nube de polvo salía disparada de los azotados volúmenes.

A veces, la señorita parecía considerar con dolor las figuras de los jóvenes, de los alumnos; parecía conmovida, admirada y, al mismo tiempo, contristada y apiadada al contemplar la viviente prestandia. Luego les mostraba a otros jóvenes de aquellas páginas, a los bandoleros y sombríos ejecutores de Andrea (Mantegna), a los ágiles remeros de Gentile (Bellini), a los esbeltos gondoleros y al relampa-

sarcasmo llega a "la cognición del dolor", de "la angustiosa soledad de toda una humanidad -del policía al ladrón, del lenón a la prostituta, de la buena señora deseosa de hijos al integérrimo funcionario estatal-, atormentada por esperanzas insatisfechas, deseos irrealizables y escualidos vicios secretos."

Carlo Emilio Gadda nació en Milán en 1893; murió en Roma en 1973. Trabajó como ingeniero industrial en Argentina, Alemania, Francia e Italia. En 1963 llamó la atención de propios y extraños al obtener el Prix International de Littérature. Obras narrativas principales: *Novelle del Ducato in fiamme* (1953); *Quer pasticciaccio brutto di via Merulana* (1957); *La cognizione del dolore* (1963); *I racconti y Accoppiamenti giudiziosi* (1963); *Eros e Priapo* (1967) y *La meccanica* (1970).

Este relato aparece en la *Antología del cuento italiano del siglo XX* (edición de la UNAM), de inminente aparición

gueante "San Jorge", de Carpaccio, en su coraza de acero; o al pastorcillo en camino de la "Tempestad", de Giorgione, o a los espadachines empujados cuya adolescencia relumbra junto con las sutiles espadas en la mesa de juego, en el lienzo secreto de Caravaggio.

Dulce y tristemente miraba el hervor de los muchachos, de los de carne y hueso, que el Ministerio de Instrucción Pública, por conducto del Director General, le había confiado con tanta desenvoltura, en grupos de 38; y a pesar de que no faltaban los latosos y turbulentos, en los mesabancos de atrás, sobre todo, no parecía sentirse ofendida por los tumultos. "¡Basta!", decía; pero nada decía cuando jugaban a la brisca bajo el mesabanco y la miraban entonces sin escucharla, apagando en un pliegue malicioso la risa, dentro de los paréntesis recelosos y las primeras sombras de los labios. Por un momento, los lípidos ojos de ella se levantaban. Tal vez aquellos jóvenes le recordaban los modelos redivivos de Mantegna y de Caravaggio. "¡Hampones!", refunfuñaba horrorizado el profesor (de filosofía).

Una vez, aquellos demonios se adueñaron de la clase; la insolencia había rebasado todos los límites. Ella inclinó la cabeza, y la vieron llorar. La manija de la puerta empezó a moverse, la puerta se entreabría: una lengua blanca de espuma, entre dos escollos, y la barbotina blanca del Director se insinuó entre la hoja y la jamba, pero con una cierta disposición a la resaca. Su vozarrón tronaba, con toda la intención de parecer terrible: "¡Me parece haber oído un escándalo!" "¡No, señor Director! ¡Aquí no, se lo podemos garantizar!", decían, obsequiosos y joviales, mientras la señorita, volviendo la cabeza hacia otra parte, como si el Director se hubiese asomado a la ventana y no a la puerta, procuraba reprimir sus lágrimas con rapidez, enjugándolas con un pañuelo diminuto, como perlas que brotaran melindrosamente.

Una tarde de abril, Elio, Enzo y Marco la encontraron en el parque del estanque, entre los niños, los globos rojos y las nodrizas. Esa mañana, de común acuerdo, se habían ido de pinta, saltándose la clase dedicada a Tiépolo y a Guardi. El vestido de ella, gris claro, descendía con elegancia por los pliegues paralelos de la falda, como listones ondu-

lantes; y la palidez del rostro, la pureza de los ojos, tan honda y triste, los cabellos lacios y rubios, delgadísimo, le daban un aire de una cosa inglesa de la época romántica; además, el sentimiento de culpa por haber andado de pinta esa mañana (¡A la escuela no, de pinta sí!), imprimieron en sus corazones la imagen de "la señorita de historia del arte", antes tan vaga en la batahola del liceo, tan imperfecta.

Ahora se les aparecía como una flor, la súbita flor de la ninfea que, según dicen, brota por la noche. En el encanto de su tristeza, con la mirada vuelta hacia un horizonte remoto, más allá, más allá de las cumbres y de los castillos del bóreas, de las fronteras desconocidas, en pos de las cuales habían ido los jóvenes hacia la nada, sin despedidas ni recuerdos. Los tres muchachos se animaron y dijeron:

—¡Buenas tardes, señorita!

Ella se volvió para ver quiénes eran; reconoció aquellos ojos encendidos y risueños, respondió al saludo con una leve inclinación de cabeza y se ruborizó levemente. Ellos, sin haberse consultado ni siquiera con la mirada, se detuvieron y la rodearon, como lo hacían en la escuela para ver la "Dánae" (Tiziano, Tintoretto o Correggio), sin alargar el cuello como sobre la "Dánae", desde luego, y comenzaron a hablar a un mismo tiempo. Dieron por archivada la pinta y vieron valerosamente hacia el futuro:

—Señorita, los viernes no debiera preguntarnos; no sabemos nada de Guardi, ni siquiera hemos tenido tiempo de verlo...

—Tampoco Canaletto —agregó Enzo.

—Tenemos la prueba final de matemáticas —lamentó Elio.

—Andamos... andamos tomando un poco de aire, ni más ni menos... entre un teorema y otro —se justificó Marco, riendo—. Las ninfeas del estanque, no sé por qué, nos hacen el efecto de un calmante, se podría decir que nos aclaran las ideas.

Y todos al mismo tiempo:

—Tuvimos que desvelarnos toda la noche...

—Estuvimos estudiando álgebra —completó Enzo, con garbo. Elio dijo, suspirando:

—Y tendremos que volver a desvelarnos...

—Tomando litros de té —dijeron todos, y agregaron: ¡Tenemos dieciocho teoremas, veintidós resúmenes, seis lemas y treinta y cinco definiciones!, sí, contando las grandes y las chiquitas. Sin contar los problemas... y los ejercicios con los logaritmos.

—Nos los dejaron de tarea ayer, de golpe y porrazo —dijo Elio.

—Nunca nos imaginamos que nos dejaran también los logaritmos —dijo Enzo.

—¿Quién iba a imaginarse que, de buenas a primeras, existían también los logaritmos en este mundo? —comentó Elio.

—¡Un galimatías! —concluyó Marco.

Y al decir esto la miró intensamente, lanzando un suspiro dedicado no se sabe si a ella o a los logaritmos.

La señorita llevaba en la mano un librito forrado de piel y con los cantos dorados. Lo había cerrado gentilmente para escucharlos; sus manos eran blancas, los largos dedos finos se agudizaban en las pequeñas uñas de madreperla... o de cera. Los tres dejaron caer ahí seis ojos irrefrenables, fingiendo que veían el librito. No; no se trataba del librito. Ella se ruborizó, con el rubor no muy intenso que le es particular a las rubias y a las esbeltas, que parece partir de las mejillas, como solía diluirse y desleírse en una mancha de color delicado en una acuarela de los tiempos románticos. Enzo exclamó:

—¡Qué calor!

Inmediatamente propusieron los tres:

—¡Vamos al club, señorita!

—¿Le gustaría venir con nosotros? ¿Con sus alumnos?

—¡Podemos tomar té! ¡Sí, sí! Tenemos justamente cuatro tazas.

—Disparejas —dijo Elio.

Las voces y las miradas parecieron amortiguarse, implorando, trepidando mientras esperaban el consentimiento.

—¿Qué club? —dijo ella, con dulce incertidumbre.

—El club del tres de corazones.

—El club del búho.

—Donde estudiaremos los teoremas...

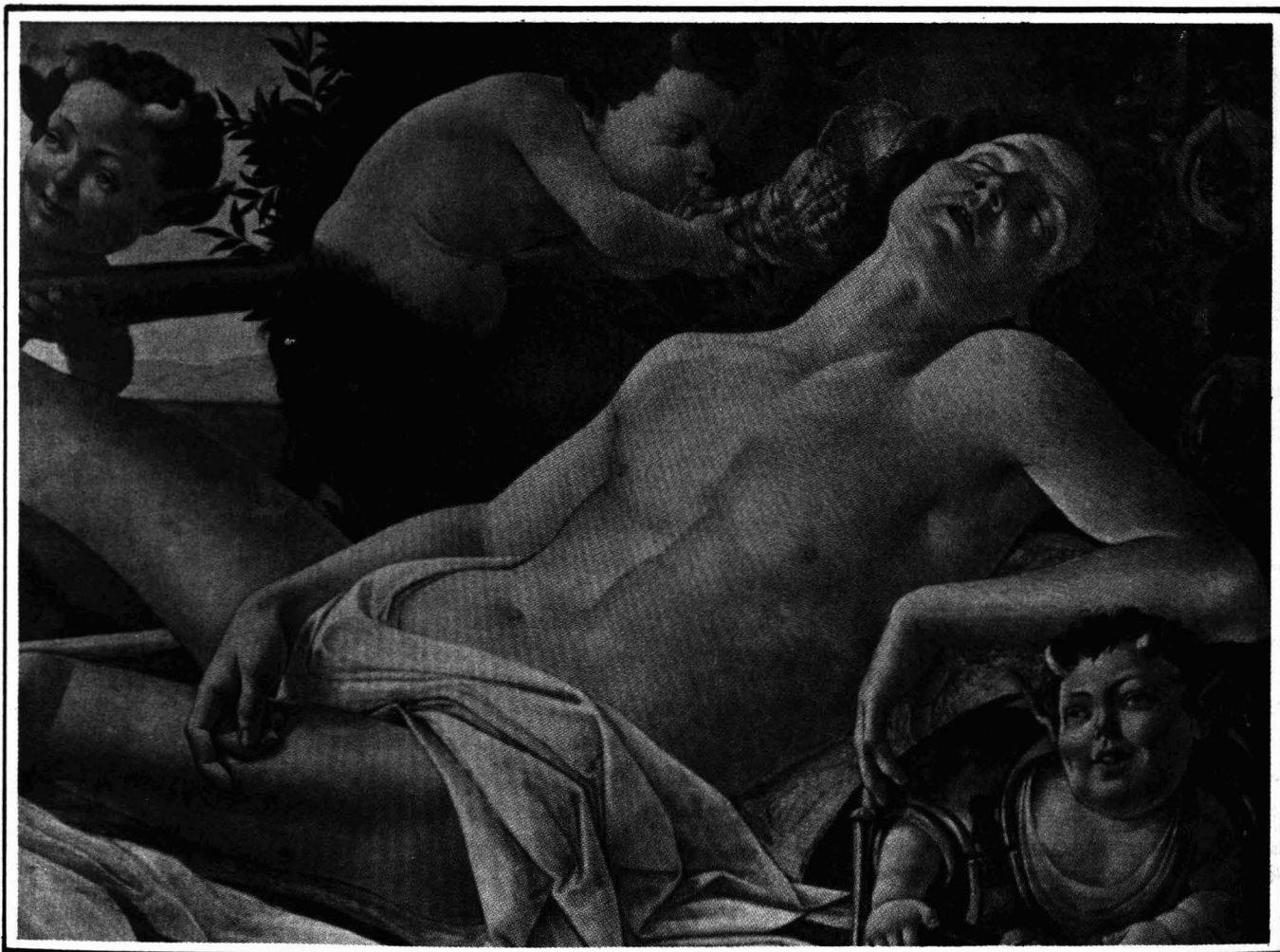
—¡Toda la noche...!

—¡Donde estudiaremos a Botticelli, se lo juramos, señorita!

La señorita empalideció, pero luego volvió a ruborizarse. Aquella palidez y aquel rubor bastaron para que los tres jóvenes, piafando, dieran la **cosa** por decidida. Un robusto guardián, con su **cinturón** lustroso, pasó junto a ellos; después de mirar de hito en hito a los cuatro, dejó que revolotearan sus ojos en torno suyo, como deseando que las ninfas se mantuvieran a flote; parecía el director, el bedel y el profesor de filosofía en una sola persona.

—¿Por qué lo llaman del búho?

—Porque ahí hay un búho, toda la noche.



Venus y Marte, fragmento (Botticelli)

—Dicen que tiene la voz de un muchacho...

—Que se extravió en los montes...

—Y llama...

Enzo, entonces, fue a birlarle el Balila¹ a su padre.

El viejo torreón vestido de hiedra salió a encontrarlos, en el viejo cerro de los muertos. El sol se hundía ya en la ciénaga de las nubes, se empelazgaba en sus nubedas púrpuras. Su esplendor se desvanecía más allá de los abetos y los zarzales, más allá de la remota quietud del mundo. Al pie de la torre había una poza: la hondonada circular de una bomba, un horror apagado; en el fondo había lodo, como papilla en un plato olvidado. El rayo de un liberador había abierto fragorosamente el cráter, desnudando las raíces del muro. Un tablón parecía señalar su diámetro; tendido a guisa de puente, de puente levadizo, permitía superar la fosa redonda y conducir a la puertecita de la torre. Marco pasó el primero, levantando por un instante los brazos, como un equilibrista sobre una cuerda floja, y llevando en lo alto la llave. Al rechinar el mecanismo de la cerradura —toda hierro, clavos y moho—, una maraña de sombras evaporadas salió de la cárcel, como gimiendo, para dispersarse en la limpidez del atardecer, de la noche. Al lado opuesto del crepúsculo de abril, su tranquila esmeralda, como un pensamiento.

La señorita temblaba, temblaba, como una niña asustada. La ayudaron a atravesar, tendiendo una cuerda a ambos lados del puente. Entraron todos, en fila india; a la luz de una vela subieron por una destartada escalera de madera, que rechinaba bajo los pies. Finalmente la introdujeron en el cuartote del club, que olía intensamente a polvo: era un inmenso desván. Desde el corazón de una viga se oía el cri cri de la polilla, impertérrita, atareada en su propio oficio, a computar el secreto pulso del tiempo, del silencio.

Ahí estaban los libros y los papeles, sobre tres mesitas que parecían fraternizar en la soledad; páginas dispersas y arrugadas, lápices, cuadernos, las tazas y un vaso con tres flores erectas: un narciso, un tulipán y un clavel escarlata. Tres catres, unas sillas, un caballete, herramientas de carpintero y unos fierros; un Cristo coronado de espinas, colgado de la pared. En la chimenea, donde habían colocado una estufita (olorosa a espíritu), vaporizó

la tetera; Marco la retiró del fuego y se la pasó a Elio. Enzo la invitó a que tomara asiento. Distribuyeron las tazas.

“Señorita”, decían los muchachos mientras servían el té, o acercándole el platito del limón o la azucarera, “Señorita, debemos recordar esta noche... *nuestra noche*. Cada uno de nosotros va a rogarle que acepte nuestra flor”, y le indicaban las tres flores. “Cada uno le confiará un pensamiento, un pensamiento secreto. Permita usted, señorita, que cada uno de nosotros le dé un beso”, y al llegar a la palabra beso todos se aturullaron, implorantes, “un beso”, y sus ardientes ojos imploraban, “para obtener su perdón.” Cri-cri-cri, la polilla barrenaba en el corazón muerto de la viga. “Usted nos responderá como mejor le parezca”, agregaron.

La señorita temblaba, temblaba. Fuera, las sombras vagaban libremente en el cerro, como buscando su propia noche. ¡Ellas también, en otros tiempos, habían tenido en el rostro una luz, una sonrisa!

A dos por vez, en las tres combinaciones matemáticas $a+b$, $b+c$, $c+d$, los muchachos salieron, como desvaneciéndose por un acto de magia, del cuartote del club, tapizado de altas telarañas. Desaparecieron. La escalera de madera de las sombras rechinó, graznó, como si de dos en dos descendieran, descendieran hacia lo profundo. Cada uno, al quedar a solas con ella, le ofreció gentilmente su flor, mirándola o bajando la mirada: el atrevido tallo y la delicada o llameante corola del narciso, del tulipán, del clavel.

Y tuvo y dio el ardiente beso de juventud. Enzo le dijo:

—Así debería durar toda la noche.

Elio le dijo:

—Cada estrella es un pensamiento de la noche.

Marco le dijo:

—Este es mi pensamiento más secreto, señorita: ¿ve aquella encina, en lo alto? —indicándosela desde la ventana, hacia el camposanto—. Allí está el tiempo, el tiempo de todos nosotros.

La pobre niña lloraba. Sin que se supiera de dónde —si de la encina, que en esa hora tranquila estaba hundida en la sombra, o de los derruidos vestigios del castillo donde está el club de las sombras—, pero en los límites de la noche y del vaticinio de primavera cantó el búho: un apacible y apasionado diptongo, como una gota que la eternidad dejaba caer en el cráter de la noche, en el que había germinado el signo del cielo en una hora. Su flor vana, su vana esmeralda.◇

¹ Se refiere a la marca del coche más popular en Italia en tiempos del fascismo. N. del T.